

Keohane, Robert (Ed.). *NEOREALISM AND ITS CRITICS*. Columbia University Press, New York. 1986. 378 pp.

La importancia del realismo en el estudio de las relaciones internacionales no sólo radica en ser el esquema teórico de más importancia en la post-guerra, sino en que "está profundamente enraizado en el pensamiento occidental. Sin entenderlo, no podemos comprender ni criticar nuestra propia tradición de pensamiento sobre las relaciones internacionales" (p. 4). El profesor Keohane ha seleccionado el trabajo de Kenneth Waltz como representativo del pensamiento (neo)realista contemporáneo. Para esto presenta en su libro, como marco de referencia, los cuatro capítulos más relevantes de la obra de Waltz. *Theory of International Politics*. (Reading, Mass., Addison-Wesley: 1979). La segunda parte de esta selección incluye el análisis y crítica de cinco autores, incluido Keohane, terminando con una réplica de Waltz.

La elección de este cientista político de la escuela realista es en sí una toma de posición frente al (neo)realismo, por parte de Keohane. Waltz, un académico con una trayectoria que data de los años cincuenta, emerge con un trabajo vigoroso y sólido, después de dos décadas de desarrollo, algo deslumbradas por los escritos de los "behavioristas" y por las hipótesis de los enfoques que buscaron dar relevancia a los actores no-estatales en las relaciones internacionales.

Keohane presenta lo esencial de la teoría realista de Waltz, sin desmerecer por el hecho de haber sido extraída de un contexto más amplio. Waltz enfatiza que el sistema internacional —tal cual es hoy— está formado por unidades independientes que velan por sí mismas; esto determina que las unidades de mayor capacidad definan la estructura del sistema. De ahí que "una teoría general de la política internacional esté necesariamente basada en las grandes potencias" (p. 61). Entonces, el sistema internacional lo componen unidades que se uniforman en su comportamiento por la vía de la socialización, y se jerarquizan por la vía de la competencia. Luego "los sistemas competitivos se regulan, por así decirlo, por la 'racionalidad' de los competidores más exitosos" (p. 65).

De acuerdo a Waltz, la estructura del sistema internacional no está dada por su conjunto de instituciones políticas, sino por la forma en que ellas están ordenadas. En tanto "los principales estados sean los principales actores, la estructura política internacional está determinada en términos de ellos" (p. 89). A su juicio, la falacia de las teorías transnacionales radica en que no han producido una teoría distinta de las existentes y que los actores no-estatales no han sido capaces de rivalizar con los grandes estados-naciones. Esto no implica que los países pequeños no cuenten, pues ellos no tienen diferencias funcionales con las grandes potencias, y sus limitaciones son de capacidades. Por esto, los grandes problemas mundiales son resueltos por las grandes potencias y lo hacen tomando

en consideración la supervivencia propia y la del sistema que han colaborado a crear (p. 107).

Las críticas a la teoría (neo)realista, en general, y de Waltz en particular, varían en el libro de Keohane, dependiendo de si su diálogo es con el trabajo del primero o no. John G. Ruggie no parece crítico al realismo en su conjunto, sino a que la teoría de Waltz "contiene sólo una lógica reproductiva, pero no posee una lógica de transformación (del sistema internacional)" (p. 152).

Keohane en su crítica, es más analítico y profundo. Descompone la teoría realista en partes para descubrir su lógica. ¡Con agudeza deduce que "el realismo es mejor para decir por qué estamos en este problema (de la sociedad internacional anárquica), que de cómo salir de ella" (p. 198). La contribución del realismo al estudio de la política mundial —señala Keohane— es que "nos advierte de las dificultades que hay en el camino" para lograr una sociedad mundial que cambie por métodos pacíficos.

Las perspectivas con que critican Robert Cox y Richard Ashley al realismo son esperables. Ambos autores son de la escuela (neo) marxista. El problema de fondo con éstos es que toman al realismo como un subproducto intelectual del imperialismo occidental, condenado a morir junto con el capitalismo, de acuerdo a la teoría marxista clásica. Desde allí —según ellos— parte todo el mal con el realismo. Cox ofrece posibles escenarios alternativos de la emergencia de nuevas "fuerzas sociales internacionales", como ser una nueva hegemonía basada en la internacionalización de la producción, en que la supervivencia del sistema dependerá de un acuerdo de las economías occidentales más poderosas en alianza con nuevos poderes industriales emergentes. Una segunda posibilidad es un sistema organizado en torno a diversos centros de poder rivales, basados en una estructura de mercado mercantilista. Tercero, un sistema estructurado a partir de un movimiento "contra-hegemónico", organizado en el Tercer Mundo. Ashley, por su parte, es más directo en su ataque al realismo, pero su prosa es más obtrusa e ideologizada; la pobreza de su "Pobreza del Neorealismo", consiste en que ofrece muy poco a cambio. Termina indicando que una mejor alternativa sería un modelo —que no desarrolla— de "comunidad pluralista de inseguridad" (p. 296). Una prevención atendible de Ashley es la reciente tendencia a "economizar" —en una clara referencia a Gilpin— las teorías de relaciones internacionales, purgándolas de su contenido político.

El trabajo de Robert Gilpin ("La Riqueza de la Tradición del Realismo Político") es una respuesta a Ashley, ambos presentados de un número de la revista *International Organization*. Gilpin comenta sobre las acusaciones de Ashley que, a su juicio, no sólo son irreales sino que están llenas "de jerga innecesaria, de asalto con el lenguaje, lo que nos da a los científicos sociales un mal nombre. Más serio (aún) por la opacidad de mucha de la prosa de Ashley, frecuentemente no puedo seguir su argumento" (p. 303). Gilpin

revisa el pensamiento realista, resumiendo sus tres supuestos más importantes: la naturaleza conflictiva y anárquica de las relaciones internacionales, el grupo como elemento aglutinador de los seres humanos, y la primacía de las motivaciones de poder y seguridad en la vida política. El pensamiento realista —de acuerdo a Gilpin— tiene una larga y rica trayectoria en la historia de la humanidad, en que siempre se ha “caracterizado por su esfuerzo en aterrizar la ‘ciencia’ de las relaciones internacionales sobre las realidades de la ‘práctica’ diplomática” (p. 307). Después de defender la creciente importancia del factor económico en la evolución del sistema internacional contemporáneo, Gilpin concluye indicando que lo que une a los realistas de todos los tiempos “es la creencia de que el comportamiento ético y político fallará si no se toma en consideración la práctica efectiva de los estados y las enseñanzas de una teoría sólida. Es este compromiso dual, a la práctica y a la teoría, lo que separa al realismo del idealismo y de la teorización abstracta que caracteriza tanto el estudio contemporáneo de las relaciones internacionales” (p. 320).

La réplica de Waltz constituye el capítulo final. Como es natural se centra fundamentalmente en responder a Cox y Ashley, aunque Keohane también le dedica algunos párrafos. En relación a los primeros, señala que es perfectamente legítimo tener teorías separadas sobre la política externa e interna de los estados, ya que hasta el momento nadie las ha podido unir de una manera satisfactoria; por demás —agrega— los economistas no han dejado de avanzar en su ciencia por tener teorías separadas del mercado y de la firma. A la crítica de Keohane, de que el realismo carece de valor predictivo, Waltz responde indicando que una teoría tiene múltiples formas de ganar credibilidad: por medio de verificación exitosa, por medio de falsificación infructuosa, al demostrar los resultados que pronostica, y por la fuerza intelectual de la teoría misma. De tal manera que lo importante en la teoría realista de las relaciones internacionales —al igual que la teoría de la evolución de Darwin que no predice nada— es el mayor entendimiento y explicación ganado en este campo del conocimiento (p. 355).

El objetivo del libro de Keohane sobre el (neo)realismo y sus críticos se ve logrado en gran medida. El solo hecho de que un no realista se interesara por hacer esta obra, demuestra el atractivo del poder explicativo y utilidad práctica de esta teoría. Coincidimos con el editor en que es una teoría incompleta, pero que como ninguna, se atiene y enfrenta al hecho de que “la realidad de la dominación (en la política internacional) continúa”. “El realismo demuestra que el cambio pacífico es más difícil de lograr en la política internacional que en las sociedades nacionales, pero no ofrece una teoría del cambio pacífico. Ni tampoco hay tal teoría disponible en otras tradiciones de investigación” (p. 197).

EMILIO MENESES C.

*Profesor del Instituto de Ciencia Política U.C.*